

CAMBIOS EN UN MUNDO TURBULENTO

La política exterior es, sin dudas, uno de los asuntos más importantes que las Naciones deben atender hoy en día. Estados, empresas con presencia en múltiples países, Organizaciones No Gubernamentales, la influencia siempre poderosa de las distintas instituciones religiosas, o incluso el accionar de grupos terroristas, son sólo algunos de los actores que dinamizan la arena política global.

Vale destacar que el término dinámica, al menos en este campo, está más vigente que nunca. Mientras que en otros momentos históricos los predomios de un imperio podían llegar a durar centenares de años, hoy en día no está claro si el predominio hegemónico mundial lo ejerce un solo país, un grupo de países, o sectores específicos de la economía con inmenso poder de lobby. Si bien el modelo económico capitalista liberal predominante tras la caída del muro de Berlín parece gozar de una salud en recuperación, se sucedieron episodios que lo han dejado durante algunos años en terapia intensiva, sobre todo a partir del año 2008 tras la caída del gigante financiero Lehman Brothers. Este hecho trascendental, en apariencia de corte financiero, generó una crisis económica a escala global como no se veía desde la denominada Gran Depresión de 1929, que comenzó con una caída brutal de las acciones en Wall Street pero que se extendió a una velocidad espeluznante por todo el mundo.

Desde entonces, algunos países han quedado más golpeados que otros, derivando en marchas y contramarchas en cuanto a la correlación de fuerzas a nivel global. Estados Unidos, país origen de la crisis, inició su recuperación mediante un programa de estímulo monetario aprobado por el Congreso, que incluyó la inyección de 700.000 millones de dólares con el fin de reactivar su alicaída economía. Para dar algunos datos ejemplificadores, alcanzó niveles de desempleo del 10% en octubre del 2009, así como un nivel de deuda en porcentaje del Producto Bruto Interno que supera actualmente el 100%.

En Europa, ejemplos como los de Grecia o España fueron emblemas del impacto real de la crisis. En el caso del país helénico, la crisis fue tal que el nivel de deuda pública llegó a superar el 180% del PBI en diciembre de 2014, mientras que el pico de desempleo desde el estallido de la crisis llegó al 27,9% en septiembre de 2013. El caso de España fue un poco más “leve” en términos de deuda, con un pico del 100,5% en marzo de 2016, pero con un récord de desempleo similar al griego del 26,94% a principios de 2013.

Otro caso resonante, esta vez en las Islas Británicas, fue Irlanda. Con picos de porcentaje de deuda sobre PBI del 120,2% en 2012 y 15,2% de desempleo en enero del mismo año. El país celta logró ir mejorando sus variables socioeconómicas hasta la actualidad: importantes mejoras en el crecimiento económico (5,2% de incremento del PBI en 2014 y 7,8% en 2015), reducción del nivel de deuda en porcentaje del PBI al 98,4% actual y baja del nivel de desempleo hasta el 8,8% a inicios del 2016.

Portugal sufrió también los coletazos de la crisis, durante la cual sufrió una retracción total del 7% de su PBI. La deuda pública llegó a niveles del 128,9% del PBI en la actualidad, mientras que el desempleo lo hizo hasta el 17,3% en enero de 2013. Actualmente se encuentra con los ya mencionados niveles de deuda, pero con una baja del desempleo que llegó en la actualidad a una tasa del 12,4%.

Estos cuatro países fueron denominados “PIGS” (cerdos) por el diario Financial Times, tomando las iniciales de los cuatro países más golpeados por la crisis internacional. Vale aclarar que los medios financieros de Occidente ya habían utilizado dicho término durante la década de los 90 para referirse a los mismos Estados por sus problemas de competitividad y balanza de pagos, con la excepción de que la letra “I” se utilizó para describir a Italia en vez de Irlanda. Por supuesto que el país cuyas riendas conduce actualmente el Primer Ministro Matteo Renzi sufrió fuertes consecuencias derivadas de la crisis, así como también otras naciones económicamente poderosas como Francia, Inglaterra o Alemania. Sin embargo, los PIGS fueron el caso más emblemático que requirió, entre otras cosas, cuantiosos rescates financieros por parte de la llamada “Troika” integrada por el Fondo Monetario Internacional, la Unión Europea y el Banco Central Europeo.

En América Latina el impacto de la crisis también se sintió, principalmente en términos de comercio exterior con las principales potencias de Occidente, lo que significó una baja importante en la actividad económica y en consecuencia del nivel de empleo.

En Argentina en particular, el nivel de desempleo venía en descenso desde 2001, año en que superó el 20% tras la peor crisis económica de la que nuestro país tenga memoria. Tras lograr una baja de la mencionada variable hasta el 7,9% en 2008, el impacto de la crisis hizo que el nivel de desempleo se eleve hasta el 8,7% en 2009. Sin dudas, un salto elevado en tan solo un año. Así mismo, el PBI creció solamente 0,9%, una cantidad muy inferior en comparación a años anteriores.

Algo interesante para destacar es que el nivel de deuda pública total en porcentaje del PBI se mantuvo por debajo del 50% no solo en 2008, sino durante los años subsiguientes hasta 2014. La principal razón no solo fue la política de desendeudamiento iniciada por Néstor Kirchner en 2003, sino también la aplicación de políticas contracíclicas, tales como un fuerte estímulo a la obra pública, los subsidios REPRO a empresas con problemas para pagar salarios, o políticas de ingreso a sectores de menor poder adquisitivo como la Asignación Universal por Hijo.

En el caso de Brasil el desempleo sufrió un gran salto producto de la crisis, del 6,8% en enero de 2009 al 9% en abril del mismo año (cuando venía de descender de niveles superiores al 10% en agosto de 2006). En cuanto a deuda pública, Brasil venía de alcanzar un pico reciente de 78,8% sobre el PBI en 2002. La administración del Partido dos Trabalhadores logró bajar ésta relación hasta el 61,87% en el año 2008, pero tras la crisis el stock volvió a subir alcanzando el 64,94% en 2009. El PBI, por su parte, decreció un 0,1%. En un contexto previo de crecimiento económico interanual a tasas altas (5,1% en 2008, por ejemplo), que la economía más grande de Latinoamérica haya sufrido un año recesivo denota que la crisis impactó con crudeza.

Nuestro principal socio comercial adoptó medidas de corte cambiario y financiero. En primera instancia, políticas de corte fiscal y de estímulo en sectores de la economía real.

Si bien no se aplicaron políticas de transferencias de ingresos directas hacia el bolsillo de los trabajadores, más allá de los programas sociales que ya se venían implementando, las medidas de estímulo sirvieron para comenzar a revertir un proceso económico por demás complejo. Como es sabido, tras algunos años de recuperación post crisis, se generó tras el inicio del segundo mandato de Dilma Rousseff (enero de 2015) una crisis política y económica que continúa hasta hoy.

México, la economía latinoamericana más grande después de Brasil, fue un caso emblemático de contagio del proceso iniciado con la caída de Lehman Brothers. Puede inferirse en base a un rápido análisis de las distintas variables macroeconómicas que la apertura comercial y la cercanía con Estados Unidos fueron algunas de las principales causas del rápido impacto. La economía mexicana se contrajo durante 2009 nada menos que un 4,7%, y el desempleo escaló del 3,29% en mayo de 2008 al 6,42% en septiembre de 2009. El stock de deuda pública total sobre PBI experimentó un incremento moderado, pasando del 37,53% en 2007 al 43,92% en 2009.

Las respuestas económicas del país azteca fueron de corte fiscal, laboral, social y de infraestructura. Estas políticas, comenzadas a implementar durante el período 2008-2009, permitieron que el desempleo en México descienda hasta mantenerse en un margen de entre 4% y 5% en los años subsiguientes, mientras que el PBI retomó su crecimiento en 2010 con un esperanzador 5,1%.

En el resto de los BRICS, grupo de países compuesto por Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, el efecto de la crisis se sintió aunque de manera dispar. El país conducido por Vladimir Putin experimentó un fuerte retroceso en su economía, con un PBI que se contrajo un 7,8% en 2009. India venía logrando un crecimiento elevado (9,8% en 2007), pero en 2008 el mismo bajó a un 3,9%, para luego volver a crecer a los niveles previos a la crisis. Sudáfrica experimentó una recesión del 1,5% en 2009, mientras que pudo recuperarse en 2010 con un 3%, tasa de crecimiento similar a la que venía experimentando previo a la crisis. China, por su parte, logró mantener un crecimiento económico elevado del 9,2%, aunque menor al 9,6% del año anterior.

Japón, la otra gran economía asiática, sufrió en 2008 y 2009 caídas del Producto Bruto Interno del 1% y del 5,5% respectivamente, para luego volver a crecer en 2010 al 4,7%.

¿Y la Política?

Si continuamos tomando como punto de partida la caída de Lehman Brothers en 2008, podemos afirmar que desde entonces se ha sucedido una serie de sucesos políticos que, relacionados o no con el mencionado hecho, significaron diferentes idas y vueltas en términos de correlación de fuerzas y alianzas internacionales.

El 20 de enero de 2009, en medio de la expansión de la crisis financiera, Barack Obama debió asumir la Presidencia de los Estados Unidos. Las turbulencias financieras ya se habían colado en la campaña durante la segunda mitad de 2008, período durante el cual tanto Obama como su oponente republicano John McCain formularon distintas propuestas para recomponer la actividad económica estadounidense. El proceso electoral culminó el 4 de noviembre de 2008 con la victoria del ex Senador por el Estado de Illinois con el 52,93% de los votos, que luego devino en un abultado resultado de 365 electores demócratas contra 173 republicanos en el Colegio Electoral.

A finales de 2010, aún durante el transcurso de la crisis internacional, en el norte de África y Oriente Medio tuvieron lugar una serie de hechos políticos cuya importancia global aún hoy es estudiada: las denominadas Primaveras Árabes. El 17 de Diciembre de 2010, el comerciante tunecino de frutas Mohamed Bouazizi se inmoló "a lo bonzo", luego de ser golpeado por policías y sufrir la confiscación de su balanza por negarse a entregar dinero para poder vender. Este hecho, según coinciden la mayoría de los analistas internacionales, fue el detonante de una serie de manifestaciones que se extendieron, primero por todo Túnez, y luego por el resto de la zona mencionada. A las manifestaciones en solidaridad con Bouazizi se sumaron una serie de reclamos contra el gobierno de Zine El Abidine Ben Ali (quien gobernaba Túnez desde 1987) que rápidamente encontraron eco en ciudades vecinas. Así, los conflictos fueron expandiéndose hasta alcanzar un total de 19 Estados entre 2010 y 2013: Argelia, Arabia Saudí, el Reino de Bahréin, Egipto, Irak, Irán, Jordania, Kuwait, Libia, Líbano, Marruecos,

Mauritania, Omán, Palestina, Sahara Occidental, Siria, Sudán, Yemen y el ya observado Túnez.

Aunque la cantidad de países y la heterogeneidad de los hechos hacen difícil una clasificación abreviada, podemos hacer foco en los países donde el conflicto fue más agudo para entender mejor este encadenamiento de sucesos que aún hoy tienen impacto en la arena política global.

El caso más emblemático, tanto por la rapidez de los hechos como por la violencia que ellos acarrearón, fue la caída del líder libio Muamar el Gadafi, quien conducía a su país desde 1969. Las primeras protestas comenzaron a principios de 2011, y tras la represión de las mismas por parte del gobierno local, el conflicto fue escalando hasta llegar a una guerra civil. El primer hecho resonante fue la toma de la ciudad de Bengasi, segunda ciudad más poblada de Libia, por parte de las fuerzas de la oposición nucleadas en el Frente de Liberación de Libia.

En paralelo al recrudecimiento de los hechos, el Consejo de Seguridad de la ONU dictó entre febrero y marzo de 2011 dos resoluciones: la 1970 y la 1973. La primera advertía al gobierno de Gadafi que los métodos de represión empleados contra las protestas podían considerarse como crímenes de lesa humanidad. La segunda, clave en el desenlace del conflicto, estableció una zona de exclusión aérea en territorio libio para garantizar la seguridad de la población civil. Esta última resolución fue la que dio tácita autorización a los principales miembros del Consejo para hacer uso de la aviación de guerra contra objetivos estratégicos del ejército comandado por Gadafi. Los bombardeos, encabezados por Francia, Inglaterra y Estados Unidos, fueron decisivos para que las fuerzas de la oposición obtuviesen victorias claves. La más importante tuvo lugar el 28 de agosto, cuando los rebeldes tomaron Trípoli, ciudad capital de Libia. A partir de allí, las sucesivas derrotas llevaron a Gadafi a ocultarse en su ciudad natal Sirte, donde fue ultimado el 20 de octubre de 2011.

Otro caso de importancia en que un jefe de Estado fue derrocado fue el de Yemen. Las protestas, impulsadas por sectores de la población civil y por partidos de la oposición,

comenzaron en enero de 2011 en la ciudad de Saná (capital yemení). La escalada, que implicó enfrentamientos armados y cientos de muertos, derivó tras un año de conflicto en la caída de Ali Abdullah Saleh, quien gobernaba la República unificada de Yemen desde 1990. Vale destacar que entre 1978 y 1990 fue presidente de Yemen del Norte.

Egipto fue otro de los principales focos de las protestas, con El Cairo como epicentro. Las protestas con reclamos tales como malas condiciones socioeconómicas, corrupción o accionar excesivo de las fuerzas de seguridad, fueron aumentando en masividad. Si bien el foco fue la capital egipcia, las manifestaciones se replicaron en similar tamaño en las ciudades de Alejandría, Suez e Ismalía. Hosni Mubarak, que gobernó Egipto 30 años entre 1981 y febrero de 2011, debió abandonar el poder tras una serie de incidentes en los que acusó a los Hermanos Musulmanes (principal movimiento opositor de corte islamista) como principales instigadores. Lo cierto es que esta seguidilla de hechos significó la renuncia de Mubarak, dando paso a un proceso de transición que resultó en el llamado a elecciones para mayo de 2012, resultando victorioso Mohamed Morsi. El ganador llegó al poder a través del partido Libertad y Justicia, fundado por los Hermanos Musulmanes. El desmejoramiento de las condiciones socioeconómicas, el intento de Morsi de ampliar sus facultades y de aumentar la influencia del islam en la sociedad derivaron en que el 3 de julio de 2013 un golpe de Estado lo remueva del poder. El sistema político egipcio se normalizó, no sin turbulencias, tras un nuevo proceso electoral en 2014 que derivó en la asunción presidencial de Abdulfatah Al-Sisi, quien tiene mandato hasta 2018.

El conflicto más extendido, y aún vigente hasta nuestros días, es el desatado en la República Árabe Siria. Las protestas se iniciaron a principios de 2011, prácticamente en paralelo con el resto de los conflictos que se sucedieron en los países ya analizados.

Bashar al-Asad, presidente de Siria desde mediados de 2000, asumió el poder luego de la muerte de su padre Hafez al-Asad, quien gobernaba el país desde 1970. El partido de Gobierno ha sido desde entonces el Partido Baath Árabe Socialista.

La característica particular del conflicto sirio es la multiplicidad de sectores étnicos que intervienen en él. Los miembros del gobierno son de la minoría alauí (rama minoritaria del islam chií), mientras que el país es mayoritariamente suní. Esta rama mayoritaria está políticamente compuesta por diversas fuerzas de la oposición, entre las que se destacan la Coalición Nacional Siria, el frente Al-Nusra (con integrantes de Al-Qaeda y una minoría kurda), el pueblo kurdo que habita al noreste de Siria y el ISIS o Estado Islámico, un grupo radicalizado compuesto por ex Al-Qaeda, suníes y mercenarios extranjeros, anteriormente llamados “freedom fighters” por su rol en algunos conflictos de la Primavera Árabe. Este último grupo posee la particularidad de dominar una parte importante de Siria e Irak, y suele difundir ejecuciones de supuestos espías e infieles, así como también perpetrar ataques terroristas de pequeña y mediana escala en países de occidente. Su objetivo es crear un califato que se expanda por todo el mundo árabe.

Tras el comienzo de las manifestaciones, la violencia fue creciendo cada vez más. El gobierno de al-Asad reprimió duramente, mientras que en la oposición distintos grupos armados buscaron hacer frente al Gobierno Central. Si bien el conflicto tuvo vaivenes en cuanto a la correlación de fuerzas, lo cierto es que el gobierno de al-Asad pudo sostenerse hasta ahora en el conflicto armado. Un punto para destacar es que, contrariamente al caso libio, Siria cuenta con el apoyo (veto de cualquier iniciativa armada) de China y Rusia en el Consejo de Seguridad de la ONU, por lo que la injerencia de países de la OTAN no fue mayor en cuanto a acciones armadas.

Distintas organizaciones como Amnistía Internacional han denunciado sistemáticas violaciones a los derechos humanos por parte de los distintos bandos en disputa, denunciando una abrumadora cifra de más de 250.000 muertos en forma violenta y más de 4 millones de refugiados sirios en otros países.

Actualmente el combate en Siria se centra en derrotar al ISIS, tarea en la cual confluyen tanto el Gobierno como el ejército kurdo. La administración central cuenta con el apoyo de Rusia, que emprendió algunas acciones militares en ese sentido. Estados Unidos, si bien inicialmente centró su apoyo logístico en las fuerzas de la oposición, últimamente está desviando paulatinamente sus esfuerzos a combatir a la organización islamista radical. El

hecho de que el ISIS haya atentado en países de occidente parece haber sido el detonante para que los países de la OTAN hayan disminuido su presión sobre al-Asad.

Tanto la llegada de refugiados a Europa como la serie de atentados perpetrados por el Estado Islámico han generado un rebrote de sentimientos nacionalistas e islamofóbicos. En tal sentido, el Frente Nacional de Francia, partido de ultraderecha liderado por Marine Le Pen, tiene un 25% de intención de voto según diversas encuestas para las elecciones presidenciales del año próximo. Con un discurso xenófobo y nacionalista, el partido belga Vlaams Belang también suma adeptos principalmente en los sectores periféricos y céntricos de Bruselas, sobre todo luego de la detonación en el aeropuerto de la ciudad capital belga. Otros casos como el auge Partido de la Libertad de Austria o el holandés Partido por la Libertad liderado por Geer Wilders (político con mayor intención de voto en su país), así como también el grupo islamófobo alemán Pegida son experiencias testigo de este fenómeno. En cuanto a Estados, el hecho político más resonante en Europa fue sin dudas el triunfo del “Si” en el referéndum por la salida del Reino Unido de la Unión Europea. Si bien este proceso tardará años, varios analistas coinciden que un factor fundamental en el triunfo de esta opción fue la cuestión migratoria, fundamentada en el miedo a futuros atentados perpetrados por el Estado Islámico.

Cambios en la Patria Grande

Nuestro continente, si bien no sufrió impactos severos por el surgimiento del ISIS, también ha experimentado cambios políticos. Si en la primera década del siglo XXI la tendencia dominante en Latinoamérica fue la de los procesos democráticos de corte nacional-popular, en los últimos años la tendencia parece haberse revertido. De aquella constelación de líderes como Lula da Silva, Hugo Chávez, Néstor y Cristina Kirchner o Fernando Lugo, hoy sólo se mantienen con perspectivas políticas favorables los procesos conducidos por Rafael Correa, Evo Morales, y el nicaragüense Daniel Ortega. Tanto por vías ilegítimas como por vías electorales, otras fuerzas políticas aparecen conduciendo los destinos de los principales Estados latinos.

Los primeros hechos políticos que significaron cambios en América Latina fueron el golpe de Estado a Manuel Zelaya en Honduras, así como el juicio político irregular que destituyó del poder al ex presidente paraguayo Fernando Lugo.

En Brasil, tras la ruptura política del Partido del Movimiento Democrático Brasileño con el Partido dos Trabalhadores de la Presidenta Dilma Rousseff apenas iniciado su segundo mandato, el actor mayoritario de la coalición de gobierno se alió con el resto de la oposición para impulsar un juicio político de dudosa legitimidad para desplazar del poder a la presidenta en ejercicio. La acusación contra Rousseff consistió en acusarla de retrasar pagos a bancos públicos para utilizar esos fondos para programas sociales en un año electoral (maniobra denominada pedaladas fiscales). La defensa de Dilma se basa en que se trata de manejos contables habituales en cualquier gobierno. Mientras se desarrolla el juicio político, el Presidente del Senado Michelle Temer es quien está a cargo del Poder Ejecutivo brasileño.

En Venezuela, tras la muerte de Chávez y unas turbulentas elecciones que derivaron en enfrentamientos con decenas de muertos, el gobierno de Nicolás Maduro se trenzó en una serie de enfrentamientos con distintos sectores de la economía, acusándolos de acaparar mercadería para debilitar al gobierno y especular con el valor de los artículos de primera necesidad. Denominado por el oficialismo como “Guerra Económica”, esta crisis política derivó en que el Partido Socialista Unido de Venezuela perdiera por amplio margen las elecciones legislativas de 2015, perdiendo la mayoría en la Asamblea Nacional Legislativa. Actualmente la oposición, nucleada en la Mesa de Unidad Democrática, cuenta con mayoría calificada en el órgano unicameral legislativo del país bolivariano. Aprovechando esta ventaja política, la MUD se encuentra impulsando un referéndum revocatorio del mandato de Maduro, sostenido en el artículo 72 de la Constitución Nacional reformada en 1999.

Mientras tanto, a la espera de la contienda electoral en Estados Unidos entre Hillary Clinton y Donald Trump, pareciera ser que el Departamento de Estado está poniendo cada vez mayor atención en Latinoamérica. La reciente visita de John Kerry a nuestro

país, así como un nuevo marco de relaciones políticas con el Gobierno de Cuba, son solo algunos signos de ello.

La Argentina como símbolo de la nueva tendencia neoliberal

En nuestro país, la victoria del 22 de noviembre de 2015 de la alianza Cambiemos llevó a Mauricio Macri a la Presidencia de la Nación. De clara tendencia neoliberal, viene ejecutando un programa de ajuste que incluyó despidos de trabajadores, tanto en la actividad privada como en la administración pública, aumento desmedido de las tarifas de servicios públicos, desregularización de las importaciones y devaluación brusca del peso, entre otras. La actividad productiva y comercial en el sector privado se desploma a consecuencia de la abrupta baja del consumo interno, lo cual derivó en que los despidos superen los 100.000 trabajadores durante el primer semestre del año, según distintas consultoras económicas.

En cuanto a política exterior, Macri se dedicó a mostrar una tendencia de apertura comercial y política con Occidente. En cuanto al intercambio económico, buscó posicionarse más cerca del bloque de la Alianza del Pacífico. Este conjunto de países, conformado por México, Colombia, Chile y Perú, promueve el libre comercio no solo entre pares sino también con actores protagónicos como China, Estados Unidos, o la Unión Europea. De hecho, sólo el 4% del comercio de la Alianza del Pacífico se da entre sus países, con el agravante de que el 55% del comercio exterior total de la AP son productos primarios. Como contrapartida, el MERCOSUR parece haber sido dejado de lado en desmedro de la integración regional. A simple vista esto es un error para nuestra economía ya que según la CEPAL el 80% del comercio intrarregional está comprendido por manufacturas, en contraposición con las exportaciones de la Alianza del Pacífico a los mencionados actores mundiales.

Una amenaza que surge en el horizonte de esta tendencia librecambista es el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica, un acuerdo comercial firmado por 12 países incluídos Estados Unidos, Japón, Malasia, México, Chile y Perú. Este acuerdo, es de alto riesgo ya que no sólo es desventajoso en términos de intercambio económico (seríamos

invadidos por manufacturas extranjeras), sino también en cuanto a patentes de propiedad intelectual: una amenaza para la ciencia, tecnología e innovación productiva de nuestro país.

La inclusión de Argentina como Estado Observador de la Alianza del Pacífico, así como la constante visita de Macri a foros económicos que pregonan los acuerdos de libre comercio como Davos, van en esa línea. Como si esto fuera poco, el gobierno argentino acelera gestiones para lograr un nuevo tratado de libre comercio entre el MERCOSUR y la Unión Europea. Con un gobierno brasileño, actualmente alineado con Macri en cuanto a política exterior, el riesgo de estos ya conocidos acuerdos perjudiciales para nuestros países está más latente que nunca.

La posición justicialista

Desde el peronismo proponemos una integración inteligente, privilegiando los intereses de la Nación y de América Latina. Con un comercio intrarregional integrado y complementado, privilegiando el desarrollo industrial de nuestros pueblos, no es necesario introducirnos con los ojos vendados en acuerdos que a priori parecen netamente perjudiciales para nuestros países.

Juan Domingo Perón avizoraba la necesidad de la unidad inteligente entre los países latinoamericanos 60 años atrás, no solo con políticas exteriores como la Tercera Posición, los acuerdos bilaterales o la unión política y comercial Argentina – Brasil – Chile. El General también preveía para el siglo XXI una mayor integración entre pueblos hermanos para defender sus intereses frente a poderes foráneos que intentarían quebrarlos. En su discurso en la Escuela Nacional de Guerra el 11 de noviembre de 1953, Perón trazó algunas líneas sobre lo que él veía que podía pasar a inicios del tercer milenio, tanto sobre el advenimiento del continentalismo como sobre la necesidad de darnos como pueblo latinoamericano un destino propio:

“Las organizaciones humanas, a lo largo de todos los tiempos, han ido, indudablemente, creando sucesivos agrupamientos y reagrupamientos. Desde la familia troglodita hasta

nuestros tiempos eso ha marcado un sinnúmero de agrupaciones a través de las familias, las tribus, las ciudades, las naciones y los grupos de naciones, y hay quien se aventura ya a decir que para el año 2000 las agrupaciones menores serán los continentes”.

“Pienso yo que el año 2000 nos va a sorprender o unidos o dominados; pienso también que es de gente inteligente no esperar que el año 2000 llegue a nosotros, sino hacer un poquito de esfuerzo para llegar un poco antes del año 2000, y llegar en mejores condiciones que aquellas que nos podrá deparar el destino o mientras nosotros seamos yunque que aguantamos los golpes y no seamos alguna vez martillo; que también demos algún golpe por nuestra cuenta”.

Esta concepción de la política exterior del peronismo en cuanto a fortalecer los lazos regionales de forma inteligente para luego negociar mejor con otros bloques es, desde el punto de vista de nuestra doctrina, el rumbo hacia donde debe tender nuestra Nación.

Es por ello que el gobierno de Cambiemos debe rever este tipo de integración con cualquier bloque económico sin analizar profundamente las consecuencias, ya que acuerdos como el ALCA, o ahora el pretendido tratado UE-MECOSUR, o la latente amenaza del TPP, son acuerdos que a todas luces significan un perjuicio claro para nuestra industria y nuestros trabajadores. Los objetivos de las potencias hegemónicas para con nosotros no han cambiado, buscan vendernos manufacturas de manera intensiva mientras que nosotros debemos proveerles materias primas o productos con poco valor agregado.

Esta política exterior de rasgos neoliberales no es nueva, ya se ha aplicado en distintos períodos de la historia con resultados devastadores. La más reciente terminó de implosionar nuestra economía en el año 2001, dejando decenas de jóvenes muertos por la represión, media Argentina bajo la línea de la pobreza y más de un cuarto de la población desocupada. En un mundo convulsionado, está en nosotros trabajar como fuerza política para lograr no sólo la soberanía política, sino la segunda independencia que parece ahora más alejada en el horizonte: la económica. Estamos a tiempo.